“Se confunde pandemia con amenaza mortal”

(Daniel Rodenstein, publicado en el semanario belga LeVif el 29 de julio de 2020).

Cada año mueren alrededor de 110.000 personas en Bélgica. Cada mes, 9.100 muertos. Cada día, 300 muertos. Un poco más en invierno o un poco menos en verano, la cifra es de alrededor de 300 muertos al día como media.

En 2020, durante los días del 15 de marzo al 15 de mayo, hubo algunos muertos más. En el día más negro, el 10 de abril, hubo 613 muertos, 151 más que el día más negro de 2018, el 7 de marzo de 2018, por ejemplo. Si consideramos el año 2020 en su conjunto, es probable que en lugar de 110.000 muertes tengamos entre 110.000 y 115.000 fallecimientos. Y como cada año, la mayoría de los fallecidos de 2020 serán mayores de 64 años. Y como cada año, la mayoría de los muertos serán llorados y cada familia donde haya habido un muerto tendrá que hacerle su duelo.

Si miramos estos hechos por lo que son, no hay en ellos nada, absolutamente nada, que pueda explicar la psicosis que afligió, que abrumó, que paralizó, que trastornó Bélgica. La vida se extinguió, sofocada por un viento de pánico en el que cada cual se han convertido de repente en una amenaza mortal para su vecino, su prójimo, su amigo, su ser querido y especialmente su anciano. Amenaza de la que era necesario protegerse alejándose de todos, encerrándose, evitando respirar las miasmas mortales que los humanos propagaban a su alrededor. Porque nos han dicho y repetido hasta la saciedad que la enfermedad era extremadamente contagiosa y extremadamente mortal.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) estaba preparada. Un documento completo dedicado a la pandemia devastadora tan esperada acababa de publicarse en septiembre de 2019 (1). Predecía una recurrencia aumentada de la gripe española. Las muertes se contarían por millones, de 100 a 400 millones de muertos y más, ningún país, ninguna persona se salvaría. La OMS nos instaba: renunciad al trabajo, la familia, los amigos; corred a encerraros si queréis tener la oportunidad de sobrevivir. Sacrificad familia, carrera, trabajo. Manteneos alejados de los demás, no los toquéis, proteged vuestro aliento. Olvidad la vida si queréis salvar la vida.

Los gobernantes, paralizados por el miedo, se entregaron a los expertos, quienes se hicieron eco de la OMS. Como otras veces (2), confundimos la pandemia (enfermedad, sea lo que sea y sea cual sea su gravedad, que afecta a varios países en varias regiones del mundo) con amenaza mortal. Al nombrar a una, convocamos a la otra. Si ahora volvemos a leer los primeros párrafos de este texto, está claro que el Covid-19 no ha cambiado significativamente las cifras de mortalidad en Bélgica, a la vez que Bélgica es la campeona en todas las categorías, y con mucho, con la tasa más alta de muertes por millón de habitantes (846), solo superada por San Marino (3).

El Covid-19 tampoco habrá cambiado mucho las cifras en el mundo, donde muere cada año, aproximadamente, 57.000.000 de seres humanos. El Covid-19 ha matado hasta ahora a aproximadamente 600.000 personas. ¡Apenas el 1% de las muertes de cualquier año!

Merece la pena subrayar otro elemento. La mortalidad diaria atribuida a la enfermedad es bastante estable desde hace varias semanas en todo el mundo (alrededor de 5.000 al día), mientras que el número de casos diagnosticados por día continúa aumentando (3). La enfermedad, por lo tanto, parece cada vez menos mortal. Sin embargo, cuando se anuncian las cifras, no se explican. Se nos informa del número de casos confirmados, pero no se nos dice si estas personas están enfermas o si están más sanas que una manzana. Se mantiene un clima de ansiedad, de miedo, mientras que en Bélgica las hospitalizaciones y muertes continúan disminuyendo, incluso si los casos confirmados aumentan. Y si las cifras belgas no provocan suficiente ansiedad, se nos informa de las muchas muertes que hay en los Estados Unidos (138.000), pero no se nos señala que hay significativamente menos por millón de habitantes que en Bélgica (415).

Se mezcla y se sostiene una confusión entre casos confirmados, enfermedad leve, pacientes hospitalizados, cuidados intensivos. Sabiendo que solo una minoría de pacientes hospitalizados (12%) necesita cuidados intensivos, y que la mayoría de los casos confirmados lo superarán sin problema. Se nos está amenazando con una segunda ola omitiendo que esta segunda ola, si alguna vez llega a producirse, será probablemente mucho menos grave. La edad de los nuevos casos es menor que la edad de la primera ola, por lo que habrá menos casos graves y menos muertes.

Demasiado para la primera bandeja de la balanza. ¿Qué encontramos en la segunda?

Un millón de desempleados temporales. De los cuales un número incierto seguirá siéndolo durante mucho tiempo. Con ingresos repentinamente inadecuados a su forma de vida y que, por lo tanto, habrá que restringir brutalmente sacrificando lo que se pueda y, a veces, lo que no se debería.

Deteniendo la educación. Podemos tener la opinión que queramos sobre la educación que se supone que ofrecen nuestras escuelas y universidades, y los efectos de su asistencia. Es muy poco probable que la ausencia de la escuela pueda mejorar no solo las calificaciones de los exámenes sino también los resultados educativos.

El fin de la vida cultural en sentido amplio. Terrible noticia para quienes viven de ella. No menos fuerte para quienes de ella se alimentan.

El encierro carcelario e inhumano de todas las personas mayores que viven en residencias de ancianos, o mejor dicho, apenas sobreviven, durante semanas interminables, quizás precisamente las últimas semanas de sus vidas con o sin Covid-19 (pues de todos modos casi una cuarta parte de los ancianos de dichas residencias mueren en ellas cada año).

El encierro de niños y adolescentes en plena etapa de socialización, confinamiento que para algunos, a los que les ha tocado en suerte una exigua vivienda, transforma su hogar en prisión.

La culpa abusiva y generalizada de la población erróneamente responsabilizada de una terrible peste imaginaria que transforma a los niños que visitan a sus abuelos en potenciales asesinos.

La desaparición de la sonrisa. La desaparición de la confianza. La desaparición de manifestaciones de empatía, solidaridad, amistad, amor. La desaparición de la comunicación que no sea a través del sustituto sin sustancia de las pantallas. Eso podemos apreciarlo, pero solo (como cualquier sustituto) a falta de algo mejor.

La desaparición del descuido que se alimenta de la confianza de que estamos en casa en nuestra ciudad (o pueblo) y que explica las tiendas medio vacías, la desesperación de los comerciantes, empresarios, desempleados.

¿Qué resultado sacar como balance? Está claro para mí, sin la menor duda, que las medidas tomadas para combatir esta enfermedad son completamente desproporcionadas en relación con la gravedad real de la enfermedad. Que la forma de presentar esta enfermedad (ciertamente nueva y sobre la cual los médicos no entendían mucho al principio y ahora no mucho más, 4) es distorsionante, provoca ansiedad, es exagerada, está injustificada.

Se podría argumentar que si el Covid-19 no es tan grave, es precisamente gracias a las medidas tomadas que en este caso no estarían injustificadas, exageradas o inapropiadas. Suecia, que no ha confinado (o países pobres donde el confinamiento es simplemente imposible) debería ser entonces la campeona de la mortalidad. Si observamos la población de cada país (por millón de habitantes), Suecia está muy por detrás de Bélgica, del Reino Unido, de España y de Italia, que se decretaron el confinamiento. De hecho, no existe una relación clara entre un confinamiento más o menos estrictamente observado y las consecuencias de la pandemia según las cifras de la OMS a día de hoy. Ni en Europa ni en el mundo (3).

El coronavirus SARS-CoV-2 acusado de todos los males de la tierra no tendrá nada que ver con las peores consecuencias de esta pandemia. Son las medidas y decisiones tomadas contra esta enfermedad (pero que en realidad fueron preparadas para una enfermedad verdaderamente mortal,

lo que no es esta) las que engendran y engendrarán las consecuencias desastrosas de las que todos seremos testigos.

Daniel Rodenstein -Médico jubilado.

Referencias

1.- **https://apps.who.int/gpmb/assets/thematic_papers/tr-6.pdf** Johns Hopkins Center for Health Security. Preparedness for a High-Impact Respiratory Pathogen Pandemic. September 2019.

2.- Peter Doshi. The elusive definition of pandemic influenza (La incomprensible definición de la gripe pandémica). Bull World Health Organ 2011;89:532-538.

3.- **https://www.who.int/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019**, , datos del 20 de julio de 2020.

4.- Mahjoub Y, Rodenstein DO, Jounieaux V. Severe Covid-19 disease. Rather AVDS than ARDS ? Critical Care 2020; 24:327